

EL HOMBRE DEL TRAJE NEGRO

Stephen King



EL HOMBRE DEL TRAJE NEGRO

Stephen King

Ilustraciones de
Ana Juan

Traducción de
Íñigo Jáuregui

Con el cuento de Nathaniel Hawthorne:
«El joven Goodman Brown»

Nørdicalibros
2017

Títulos originales:

The Man in the Black Suit

Young Goodman Brown

© Stephen King. Published by agreement with the
Author c/o The Lotts Agency, Ltd.

© De las ilustraciones y diseño de cubierta: Ana Juan

© De la traducción: Íñigo Jáuregui

© De esta edición: Nórdica Libros, S.L.

Avda. de la Aviación, 24, bajo P

28054 Madrid

Tlf: (+34) 917 055 057

info@nordicalibros.com

Primera edición: mayo de 2017

ISBN: 978-84-16830-37-4

IBIC: FA

Depósito Legal: M-11884-2017



Impreso en España / *Printed in Spain*

Gracel Asociados

Alcobendas (Madrid)

Diseño de colección
y maquetación: Diego Moreno

El diseño de este libro está basado en una idea de Ana Juan

Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y
Ana Patrón

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



hora soy un hombre muy viejo, y esto es algo que me ocurrió cuando era muy joven, con sólo nueve años. Fue en 1914, el verano después de que mi hermano Dan muriera en un prado y tres años antes de que Estados Unidos entrara en la Primera Guerra Mundial. Nunca le he contado a nadie lo que ocurrió en la bifurcación del río aquel día, y nunca lo haré... al menos de palabra. Sin embargo, he decidido escribirlo en este libro que dejaré en la mesilla junto a mi cama. No puedo escribir de corrido, porque ahora las manos me tiemblan terriblemente y apenas tengo fuerzas, pero no creo que me lleve mucho tiempo.

Más tarde, puede que alguien encuentre lo que he escrito. Me parece probable, porque está en la naturaleza humana mirar en un libro marcado como *Diario* después de que su dueño haya muerto. De modo que, sí, probablemente se

leerán mis palabras. Cuestión distinta es si alguien las creerá o no. Casi seguro que no, pero no importa. No me interesan las opiniones, sino la libertad, y he descubierto que la escritura puede proporcionármela. Durante veinte años escribí una columna titulada «Hace mucho tiempo, en un lugar lejano» para el *Call* de Castle Rock, y sé que a veces funciona así, que lo que escribes a veces te deja para siempre, como las viejas fotografías abandonadas bajo el sol radiante, fundido en un blanco absoluto.

Rezo por esa clase de liberación.

A los noventa años, un hombre debería haber dejado atrás los miedos de la infancia, pero, conforme los achaques me asolan lentamente, como olas que rompen cada vez más cerca de un castillo de arena construido al tuntún, ese horrible rostro se vuelve cada vez más claro en mi imaginación. Brilla como una estrella negra en las constelaciones de mi infancia. Lo que pude haber hecho ayer, a quienes pude haber visto en mi habitación de la residencia, lo que pude haberles dicho, o ellos a mí..., todo eso se ha esfumado, pero el rostro del hombre del traje negro resulta cada vez más nítido y más cercano, y recuerdo cada palabra que dijo. No quiero pensar en él, pero no puedo evitarlo,

y a veces, de noche, mi viejo corazón late tan fuerte y tan rápido que creo que se me va a reventar en el pecho. Así que destapo mi pluma y obligo a mi vieja mano temblorosa a escribir esta anécdota sin sentido en el diario que una bisnieta mía (no puedo recordar su nombre con certeza, al menos no en este preciso momento, pero sé que empieza por S) me regaló la Navidad pasada, y en el que nunca he escrito antes. Pues bien, voy a hacerlo ahora. Escribiré la historia de cómo me encontré con el hombre del traje negro en la orilla del río Castle una tarde del verano de 1914.

La ciudad de Motton era un mundo diferente en aquella época, más diferente de lo que nunca podría contaros. Era un mundo sin aviones zumbando en lo alto, un mundo casi sin coches ni camiones, un mundo en el que los cielos no estaban cortados en líneas y franjas por el tendido eléctrico sobre nuestras cabezas.

No había ni una sola carretera asfaltada en toda la ciudad, y el distrito financiero no consistía más que en el colmado de Corson, la cuadra de alquiler y ferretería de Thut, la iglesia metodista en Christ's Corner, la escuela, el ayuntamiento y, a un kilómetro de allí, el restaurante de Harry, que mi madre llamaba, con indefectible desdén, «la licorería».



Pero la diferencia estribaba, sobre todo, en cómo vivía la gente, en lo apartada que estaba. No estoy seguro de que los nacidos en la segunda mitad del siglo xx puedan creerlo, aunque digan que sí por deferencia a viejos como yo. En primer lugar, por entonces no había teléfonos en el oeste de Maine. El primero no se instaló hasta cinco años después y, para cuando hubo uno en casa, yo tenía diecinueve años y estaba estudiando en la Universidad de Maine, en Orono.

Pero eso es sólo la corteza. No había un médico hasta llegar a Casco, ni más de una docena de casas en lo que se llamaba una ciudad. No había barrios (ni siquiera sé si conocíamos la palabra, aunque teníamos una expresión, «vecinal», que describía las actividades de la iglesia y los bailes), y los campos abiertos eran la excepción más que la regla. Fuera de la ciudad, las casas eran granjas alejadas unas de otras y, desde diciembre hasta mediados de marzo, básicamente nos guarecíamos en esas pequeñas bolsas de calor hogareño llamadas familias. Nos resguardábamos, escuchábamos el viento en la chimenea y deseábamos que nadie enfermara, se rompiera una pierna o se llenara la cabeza de malas ideas, como ese granjero en Castle Rock que había descuartizado a su mujer e hijos tres inviernos atrás y luego





dijo en el juicio que los fantasmas le habían obligado a hacerlo. En aquel tiempo, antes de la Gran Guerra, casi todo Motton era bosque y pantano, lugares oscuros y extensos llenos de alces y mosquitos, serpientes y secretos. En aquel tiempo había fantasmas por todas partes.



Esto de lo que hablo ocurrió un sábado. Mi padre me dio una lista entera de tareas, incluidas algunas que habrían correspondido a Dan si aún estuviera vivo. Dan era mi único hermano, y había muerto por una picadura de abeja. Había pasado un año y mi madre todavía no quería oír hablar de aquello. Decía que había sido otra cosa, tenía que haber sido otra cosa, y que nadie se ha muerto nunca por una picadura de abeja. Cuando Mama Sweet, la mujer de más edad en las Voluntarias Metodistas, trató de decirle el invierno anterior, durante la cena parroquial, que lo mismo le había ocurrido a su tío favorito allá por el año 73, mi madre se tapó los oídos, se levantó y salió del sótano de la iglesia. No había vuelto desde entonces, y nada de lo que mi padre pudiera decirle le hizo cambiar de idea. Mi madre decía que había terminado con la iglesia, y que, si alguna vez volvía a ver a Helen Robichaud (ése era el nombre real de Mama Sweet), le sacaría los ojos de un tortazo. No podría contenerse, dijo.

Ese día, mi padre quería que partiera leña para el fogón de la cocina, escardara las judías y pepinos, sacara heno del pajar, cogiera dos jarras de agua para ponerlas en la fresquera, y rascara tanta pintura como pudiera de la portilla de la bodega. Después, dijo, podría ir a pescar, si es que no me importaba ir solo (él tenía que ir a ver a Bill Eversham para hablar de unas vacas). Yo le dije que claro que no me importaba, y mi padre sonrió como si aquello no le sorprendiera mucho. Me había regalado una caña de bambú la semana anterior (no porque fuera mi cumpleaños ni nada, sólo porque a veces le gustaba regalarme cosas) y yo me moría de ganas por probarla en el río Castle, que era, de largo, el riachuelo con más truchas en el que he pescado nunca.

—Pero no te adentres mucho en el bosque —me dijo—. No pases de donde se bifurca.

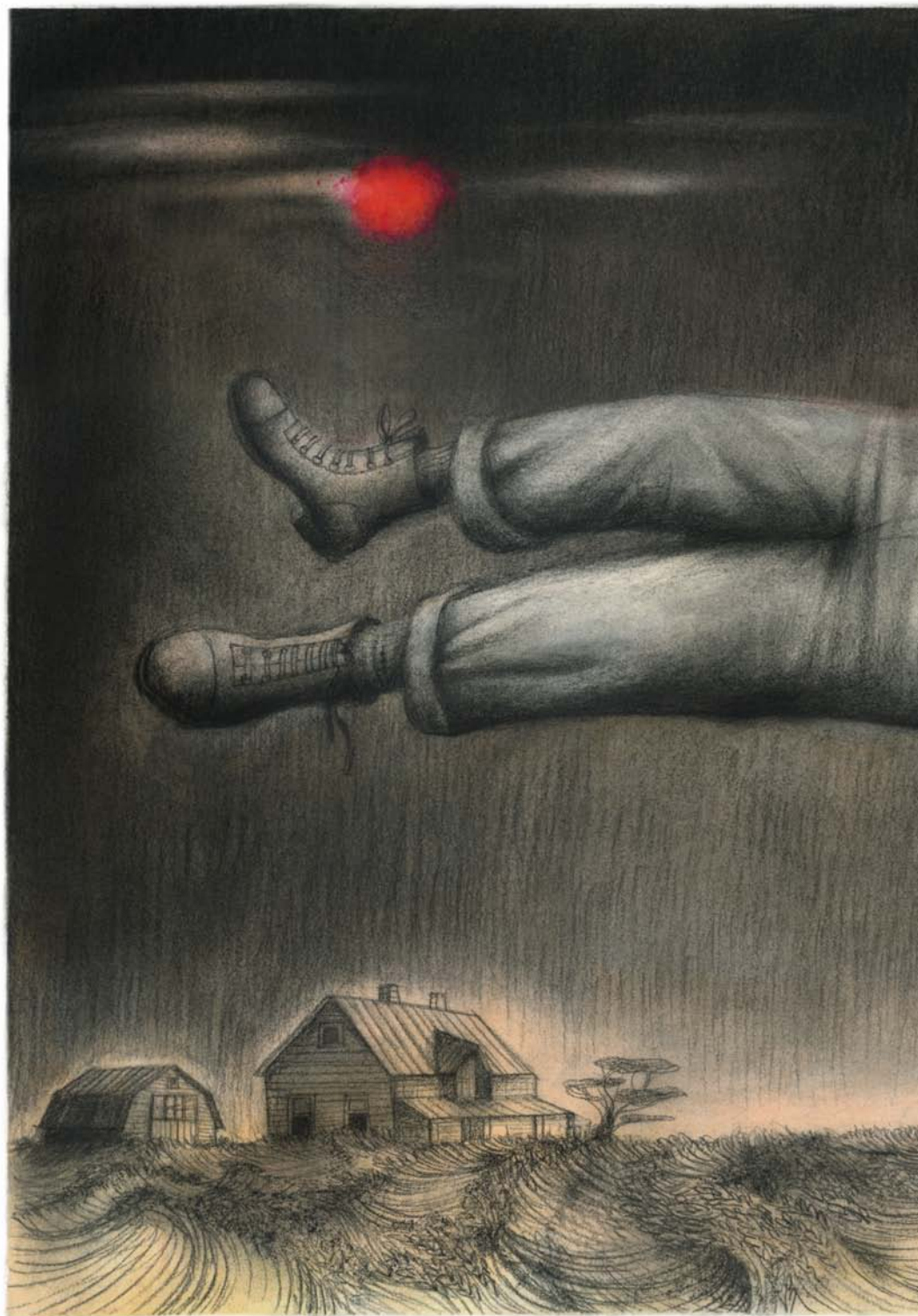
—Sí, papá.

—Prométemelo.

—Te lo prometo.

—Ahora prométeselo a tu madre.

Estábamos en la escalera de entrada. Mi padre me había parado cuando yo me dirigía a la fresquera con las jarras de agua y a continuación me giró para situarme frente a mi





madre, que estaba de pie junto a la encimera de mármol, envuelta en un torrente de intensa luz matinal que caía por las ventanas dobles sobre el fregadero. Un rizo de pelo le atravesaba un lado de la frente hasta tocarle una ceja (¿veis qué bien lo recuerdo todo?). El resplandor convertía ese pequeño rizo en filamentos dorados, y me entraron ganas de correr hacia ella y rodearla con mis brazos. En ese instante la vi como una mujer, como mi padre debía de haberla visto. Recuerdo que llevaba un sencillo vestido todo cubierto de pequeñas rosas rojas, y estaba amasando pan. Candy Bill, nuestro pequeño terrier negro, permanecía atento a sus pies, mirando hacia arriba, a la espera de lo que pudiera caer. Mi madre me estaba mirando.

—Lo prometo —dije.

Ella sonrió, pero con esa sonrisa preocupada que siempre parecía tener desde que mi padre trajo a Dan en brazos desde aquel prado. Mi padre había venido llorando y con el pecho descubierto. Se había quitado la camisa para cubrir la cara de Dan, que se había hinchado y cambiado de color. «¡Mi niño! —había gritado—. ¡Oh, mira mi niño! ¡Dios santo, mira mi niño!». Lo recuerdo como si fuera ayer. Fue la única vez que oí a mi padre nombrar al Señor en vano.



—¿Qué prometes, Gary? —preguntó mi madre.

—Prometo ni pasar de donde se bifurca.

—No pasar.

—Eso.

Mi madre me lanzó una mirada paciente y callada, mientras sus manos seguían trabajando la masa, que ahora tenía un aspecto fino y sedoso.

—Prometo no pasar de donde se bifurca.

—Gracias, Gary —dijo—. Y recuerda que la gramática sirve para el mundo igual que para la escuela.

—Sí, mamá.

Candy Bill me siguió mientras hacía mis tareas y se sentó a mis pies cuando engullí mi almuerzo, mirándome con la misma atención que había mostrado mi madre al tiempo que amasaba el pan, pero, cuando cogí la nueva caña de pescar y la vieja cesta del patio delantero, se detuvo y se quedó atrás, junto a un viejo rollo de valla paranieves, mirando. Lo llamé, pero no quiso venir. Ladró una vez o dos, como pidiéndome que volviera, pero eso fue todo.

—Muy bien, quédate —dije, tratando de aparentar que no me importaba.

